

La Iglesia no es "una ciudadela", decía el Osservatore Romano al anunciar la nueva encíclica "Ecclesiam suam". Ella no hace sino continuar la mediación entre Dios y el mundo. Ni podría ser la verdadera Iglesia de Cristo si no continuara su diálogo. "De muchas maneras habló Dios en los tiempos antiguos... pero en los últimos tiempos habló por su Hijo", dice Pablo en su carta a los hebreos. Si Cristo es Palabra, con todo el hondo sentido semítico y el dinamismo que implica, también la Iglesia lo es. ¿No es ella la prolongación de Cristo?

Ha habido épocas en la historia en que el diálogo Iglesia-Mundo llegó, casi, a confundirse. No es el caso recordarlos ahora. Alguien ha dicho que "la Iglesia se mundanizó". Después se fueron alejando las voces y apenas se entendieron los interlocutores. Hablaban de demasiado lejos. Y entre Iglesia y mundo se hizo un espacio grande, de tierra de nadie, que no superaban las palabras. Los siglos XVIII y XIX fueron malos para el diálogo. El mundo tenía los oídos ensordinados para la voz de la Iglesia.

Fue León XIII el primero de los Papas modernos que supo encontrar la clave del diálogo con el mundo moderno. En la encíclica "Ecclesiam suam" describe certeramente Paulo VI cómo se reanudó el diálogo, avivado después por los grandes Papas de nuestro siglo Pío XI, Pío XII y Juan XXIII. Fue este nuestro siglo Pío XI, Pío XII y Juan XXIII. Fue este Papa el mejor comprendido por el mundo moderno. Juan XXIII hecho diálogo, amable por su vida y especialmente por su muerte, más que por sus palabras. Y el diálogo se hizo rumoroso en el Concilio Vaticano II.

La muerte frenó el diálogo de Juan XXIII y el mundo. Y menudeaban los rumores de que se había ido demasiado lejos. Paulo VI, desde los primeros momentos, anunció que el diálogo seguiría y por los cauces abiertos por Juan XXIII y el Concilio. ¿Y su emocionante peregrinación a Tierra Santa no fue la solemne ratificación de dialogar con el mundo? ¿Primero con los hermanos más próximos, los ortodoxos, luego con los demás, particularmente con los hijos de Israel y los discípulos de Mahoma? Aún repercuten en nuestras almas sus palabras ungidas de humilde devoción en Belén: "Miramos al mundo con inmensa simpatía. Si el mundo se siente extraño al cristianismo, el cristianismo no se siente extraño al mundo... La Iglesia no hace sino servir de intermediaria al inmenso y maravilloso amor de Dios al mundo."

Es este sentido del diálogo, de mediación, el que caracteriza a esta gran encíclica "Ecclesiam suam" de Paulo VI, la de los tres caminos de la Iglesia, como la definió el mismo Papa. Además del diálogo interno, principal tarea del Concilio y especial preocupación de Paulo VI, y del diálogo con los hermanos separados, "hay otro diálogo, dijo el Papa en la homilía de su coronación, en que la Iglesia está empeñada más allá de sus fronteras: el diálogo con el mundo moderno... que pide no sólo progreso humano y técnico, sino también justicia y paz que permitan el entendimiento y la colaboración entre los hombres y los pueblos en una atmósfera de mutua confianza".

Michael Novak, joven escritor norteamericano, ha escrito un comentario ágil, penetrante, del Concilio Vaticano II, que titula "La Iglesia abierta". En él destaca las cuatro debilidades de la Iglesia, a su modo

# La Encíclica

de ver: el abuso de las abstracciones, una falta de sencillez, exagerada estima de la uniformidad y poco aprecio de la diversidad, y ceguera a los valores espirituales encerrados en el mundo "secular" de hoy. Ninguna sociedad, sigue diciendo, se presta mejor que la actual a recibir el mensaje del Evangelio, dadas sus cualidades de amor a la libertad, respeto a la dignidad de la persona humana y ansia de saber.

Hoy, creemos se van rompiendo esas murallas, y la presente encíclica es prueba del juego limpio y humilde de la Iglesia en su diálogo con el mundo. Paulo VI sabe auscultar humilde y bondadosamente el corazón de ese mundo tan amado de Dios que envió a su Hijo a salvarlo. Ese mundo que tanto ha querido Juan XXIII y cuya herencia de amor recibió Paulo VI y en el que están inmersos, como alma suya, tantos laicos cristianos empeñados en consagrarlo al Señor.

## UNA ENCICLICA DISTINTA

La encíclica "Ecclesiam suam" desconcierta en una primera lectura. Aparece verbosa, tímida, insegura. Ciertamente que su lenguaje es distinto del de otros documentos de la Iglesia. Paulo VI ha saltado la valla de lo impersonal, ha roto a mazazos la armadura medieval del lenguaje eclesiástico y se retrata en sus diversas facetas: hombre profundamente piadoso, de sincera humildad, compenetrado con el mundo actual, consciente de la terrible complejidad del mundo de hoy, rebosante de Evangelio y buena voluntad...

Un crítico perspicaz ha notado que en ningún otro documento papal aparecen tantos "quizás", tantos "tal vez"... y tanto cuidado en matizar las cosas sin dogmatismos innecesarios.

Paulo VI es un Papa de penetrante inteligencia, de maravillosa preparación intelectual y de una enorme capacidad de información, todo lo cual le da un agudo sentido de la complejidad de lo real y matiza su lenguaje.

La aparente verbosidad del lenguaje —no olvidemos que el Papa es italiano— es elocuencia preñada de pensamiento, como aparece en una segunda lectura más reposada. Y junto a los largos y vibrantes períodos se multiplican las frases nerviosas, musculares y concisas sentencias. "Ecclesiam suam" no es un documento para ser leído en ratos perdidos, ni permite una fácil digestión. Su densidad, su equilibrio, su po-

# del Diálogo

por Juan M. Ganuza, S. J.

derosa estructura exigen una lectura reposada, meditativa. H. Fresquet se expresa así en "Le Monde", de París:

"Una lectura completa de este largo documento revela un vigor de pensamiento y una altura de vista notables. Este Papa —que pronuncia tan mal sus discursos, con una voz apagada— es un gran escritor. Su frase, ya corta e hiriente (no escasean en el texto las fórmulas lapidarias), ya larga y sembrada de repeticiones oratorias, es incisiva, apremiante, lírica con frecuencia. Su palabra revela un fervor y una inspiración dignos de la mejor tradición de los Padres de la Iglesia. La belleza de la forma es ciertamente una de las grandes cualidades de esta encíclica excepcionalmente marcada por el que la firmó y que la escribió, sin duda, desde el principio hasta el fin."

"Ecclesias suam", más que un sermón o una declaración jurídica, es una conversación, como repetidas veces la llama Paulo VI, y una conversación salida muy del fondo de un alma grande y un corazón lleno de Cristo y de Iglesia, y en un tono de familia. Es una conversación con los de casa, con sus hermanos los Obispos en primer lugar, con los sacerdotes y particularmente con los laicos cristianos, a quienes se dirige el Papa con un cariño particular y con atención especialmente subrayada, como a constructores de ese puente del diálogo entre la Iglesia y el mundo.

Tal vez este tono familiar, y el referirse el documento a la Iglesia católica expresamente, han actuado de sordina ante la opinión pública, que en muchas partes ha recibido la encíclica como un paso atrás o no ha acusado el impacto a que le habían acostumbrado las de Juan XXIII. La claridad de los conceptos, disipando las nieblas del confucionismo y colocando las cosas en sus puestos, que caracterizan la doctrina de este documento pontificio, ha podido molestar también a muchos que explotaron la buena voluntad de Juan XXIII y pretendieron pescar en el río que ellos mismos enturbiaron. Por eso Paulo VI destaca la claridad como una de las características esenciales del diálogo:

"La claridad ante todo: el diálogo supone y exige la inteligibilidad, es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre..."

Incrédulos y paganos modernos se han sentido desazonados con esta encíclica de Paulo VI, y no han faltado también entre los cristianos —separados— voces de desacuerdo, pero a muchos de ellos les ha impresionado la humildad y la apertura evangélica del mensaje pontificio. Y si la Federación de librepensadores de Francia acaba de alzar el grito contra "el paternalismo espiritual del Papa", no han faltado marxistas que, superando el mal humor que les pudo causar el severo juicio sobre el materialismo ateo del Papa, se sintieron emocionados por el generoso concepto que tiene de muchos de los secuaces de Marx.

## LOS TRES CAMINOS DE LA IGLESIA:

### Conciencia:

La Iglesia es diálogo, es mensaje. Prolonga el Evangelio, la Buena Nueva, que vino a traer Cristo al mundo. Paulo VI es especialista en la ciencia de la Iglesia. Su memorable intervención eclesial al cerrarse la primera sesión conciliar y los tres tomos de sus "Discursos sobre la Iglesia" bastan para probarlo.

El Papa invita a la Iglesia, desde el comienzo de su encíclica, a reflexionar sobre sí misma, a confrontar lo que debe ser con lo que es, a descubrir sin fatigarse su vinculación con Cristo, a injertar en los fieles ese "sentido de Iglesia" que les hará vivir en plenitud su bautismo y ser testigos de Cristo en el mundo. "La Iglesia tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma: tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor si quiere vivir su propia vocación y ofrecer al mundo su mensaje de fraternidad y salvación. Tiene necesidad de experimentar a Cristo en sí misma..."

Contra todos los peligros del mundo, en que está inmersa y del cual participa, debe ella profundizar en su conciencia, en lo que ella es verdaderamente, según la mente de Cristo.

Con emotivo agradecimiento recuerda el Papa al grupo de estudiosos que, "particularmente estos últimos años, han dedicado al estudio eclesiológico con perfecta docilidad al magisterio católico y con genial aptitud de investigación y de expresión, fatigosos, largos y fructuosos trabajos...". Se complace uno en ver entre ellos en letras de relieve a hombres como Lubac y Congar, Rahner, Danielou, etc., cuyos nombres, en entredicho tantas veces, son hoy exaltados por el Papa y elogiados a la luz de la historia. Y, ¿por qué no, en sus justos límites, ver también entre ellos a geniales iniciadores como Teilhard de Chardin? Paulo VI se nutre de sus ideas, que afloran en sus documentos doctrinales y en sus discursos.

Respetuoso y delicado, no quiere el Papa interferir en la labor del Concilio, que está estudiando puntos vitales de la Iglesia, pero proyecta, sin embargo, sobre él, la luz de sus directivas, que facilitará a los Padres la apertura de nuevos caminos. Y para los fieles la gran lección: que el misterio de la Iglesia debe ser vivido.

### Renovación:

Pero esta confrontación de la Iglesia consigo misma lleva consigo una renovación. No es que la Iglesia haya sido infiel a Cristo y a su misión. Pero su rostro debe ser renovado. Debe la Esposa de Cristo sintonizar con el mundo en el cual vive, impregnarlo de la vida que trajo Cristo, vivificarlo. La reforma de la Iglesia no puede referirse a sus estructuras fundamentales,

ni a su concepción esencial. Con qué convicción humilde y fervorosa exclama el Papa desde lo más íntimo de su ser:

"No es locura, sino luminosa certeza y gozosa convicción, la que tenemos de haber sido constituidos miembros vivos y genuinos del Cuerpo de Cristo, de ser auténticos herederos del Evangelio de Cristo, de ser continuadores directos de los Apóstoles..." "No podemos acusar de infidelidad a nuestra amada y santa Iglesia de Dios..."

La Iglesia se renovará y hallará su juventud no confundiendo con el mundo, sino purificándose para purificarlo, ennobleciéndose para ennoblecerlo, acercándose a Cristo para acercarse a él. De lo contrario, como ha ocurrido a algunos hombres de buena voluntad, pero falsamente orientados, un falso conformismo con el mundo puede llevar a una renuncia del auténtico cristianismo. Sólo una actitud humilde y obediente, en la Iglesia y en los cristianos, un vivir según la gracia divina, su fidelidad al Evangelio del Señor, su cohesión jerárquica y comunitaria llevará a poder comunicar al mundo el mensaje salvador.

"Ecclesiam suam" confirma la voluntad reformadora de Paulo VI en la línea de Juan XXIII y señala dos puntos de reforma más urgentes en el mundo de hoy: pobreza y caridad.

"Aludimos primeramente al espíritu de pobreza. Creemos que está de tal manera proclamado en el santo Evangelio, tan en las entrañas del plan de nuestro destino al reino de Dios, tan amenazado por la valoración de los bienes en la mentalidad moderna, que es por otra parte tan necesario para hacernos comprender tantas debilidades y pérdidas nuestras en el tiempo pasado, y para hacernos también comprender cuál debe ser nuestro tenor de vida y cuál el método mejor para anunciar a las almas la religión de Cristo, y que, en fin, es tan difícil practicarlo debidamente..."

Y el Papa se atreve a pedir a los Padres conciliares que estudien el asunto y encuentren los métodos viables para que la Iglesia viva este espíritu de Cristo.

Creemos que el Papa ha puesto el dedo en la llaga y que el Concilio no puede renunciar a la urgente llamada de profunda revisión y austeras reformas por este camino ya abierto, y que una tremenda situación del mundo actual hace perentorio.

Es elocuente el énfasis que, como de paso, hace Paulo VI sobre la enseñanza social de la Iglesia y su apoyo incondicional a ella.

Más delicada, pero no menos insistente es la insistencia del Papa en una reforma en el espíritu de caridad. ¿No nos hemos olvidado en nuestro mundo del "mandato nuevo" del Señor? Creo que no le falta razón a K. Rahner cuando afirma que hay escasez de carismas en la Iglesia de hoy, pero que el más pobre es la caridad. Y ahora más que nunca haría falta la caridad. A mí, por lo menos, me suena a reproche la frase de la encíclica: "¿Quién de nosotros ignora estas cosas? Y si las sabemos, ¿no es ésta acaso la hora de la caridad?"

Con una pincelada genial de su alma piadosa y tierna, Paulo VI nos presenta a la Virgen María como modelo y ejemplo para la Iglesia, y cada uno dentro de ella, de la verdadera reforma.

## Diálogo de salvación:

La tercera parte de la encíclica tiene una enorme trascendencia, y es como la cúpula de todo el edificio. Centrada sobre el diálogo de la Iglesia con el mundo, ha sido la parte de la encíclica que ha suscitado mayores reacciones y comentarios. Importantes personalidades del mundo cristiano no católico han llamado a este diálogo un "monólogo disfrazado" y han recalcao el exclusivismo de la Iglesia católica.

La propia conciencia de la Iglesia y su renovación no son sino preámbulos para este diálogo de salvación. En él la Iglesia, Cristo prolongado, da mucho más de lo que puede recibir. Ella está empeñada en el diálogo de salvación, abierto por Dios en su revelación que culminó en la Encarnación de su Hijo. Diálogo libre, destinado a todos, adaptado a la mentalidad de cada interlocutor. Incluye el mutuo respeto, la bondad, un clima de confianza, y excluye el temor, la coacción, la polémica ofensiva...

En este diálogo la Iglesia pretende comunicar el mensaje salvador del Señor. Antes de hablar hay que saber escuchar, oír la voz, más aún el corazón del hombre, fraternizar con él en un clima de amistad. Un diálogo que no se hace a gritos, ni desde fuera, sino participando la misma vida, compartiendo el mismo ser, haciéndose a todos para ganarlos a todos... Pero este acercarse a los hombres para hacerles participantes del Evangelio no puede traducirse en una atenuación o deformación de éste, y por eso el sincretismo y el eirenismo son enemigos de este diálogo de salvación, ya que no son sino una falta de fe en el poder de la verdad y de Cristo.

La Iglesia tiene que estar dispuesta a sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad, dentro y fuera de su ámbito. En diversos círculos concéntricos, que se van cerrando cada vez más, divide el Papa a estos interlocutores de la Iglesia: el mundo en general —toda la humanidad—; el mundo de las grandes religiones, sobre todo las asiáticas; el mundo que cree en un solo Dios, Israel y el Islam; el mundo más cercano de los hermanos cristianos separados; y el mundo de dentro, de los hijos de la casa.

El diálogo de la Iglesia con el materialismo ateo y marxista es un verdadero tratado de finura cristiana y densidad de ideas. Como dice un comentarista, habría que leerlo varias veces para darse cuenta de su alcance. El diálogo con esos sistemas es prácticamente imposible, particularmente con el comunismo ateo. Hay una radical oposición de ideas y opresión de hechos. La Iglesia habla con su silencio, con su sufrimiento, los hombres que siguen esos sistemas son frecuentemente generosos, hambrientos de la justicia social, asqueados de la mediocridad y del egoísmo del mundo contemporáneo, buscando sin saberlo a Dios, de una manera más pura de lo que nosotros Le presentamos... apoyados en una filosofía realista, basada en los principios lógicos del pensamiento. En la frase final del Papa vibra su dolor de padre y una esperanza: "...no perdemos la esperanza de que puedan un día con la Iglesia otro diálogo, positivo, diverso del que constituye nuestra presente reprobación y nuestro obligado lamento".

Al hablar del diálogo con Israel y el Islam, Paulo VI afirma con profundo respeto y meridiana claridad algo que ha herido a portavoces de ambas religiones: "Evidentemente, no podemos compartir estas variadas